

ROMANORUM
VITA

TEXTOS DEL CATÁLOGO ONLINE

Romanorum Vita, una historia de Roma

PUBLICACIÓN DIGITAL EN CONSTRUCCIÓN



Obra Social
Fundación "la Caixa"

ÍNDICE

Introducción. El Imperio: una red de ciudades	3
1. La vida, en la calle.....	5
2. Los dioses protectores.....	9
3. Las paredes hablan.....	10
4. La importancia y el uso del agua.....	15
5. El gran mercado.....	18
- Aquí se bebe por un as...	
- El pan que llegó de Grecia	
- Lavar, blanquear y planchar	
- Somos lo que vestimos	
6. ¡Al foro!.....	23
7. En ninguna parte como en casa.....	25
- Jano guarda la puerta	
- Ave o cave	
- La vida, en el atrio	
- Fuego, hollín, humos, olores y grasas	
- Tumbados para poder comer más	
- Dormir: poco y mal	
- El despacho del dueño de la casa	
- El jardín: un lujo práctico	
Para saber más.....	35

EL IMPERIO: UNA RED DE CIUDADES

Ahora, todas las ciudades helénicas resurgen bajo vuestro Imperio [...]. En las costas y en el interior brotan las ciudades, algunas fundadas y otras engrandecidas por vosotros [...]. Todos han dejado las armas, su antiguo fardo, y persiguen la belleza y el bienestar de la paz. Han desaparecido las peleas entre ciudades; sólo hay un objetivo: ser lo más amables y generosos posible. El Imperio está repleto de gimnasios, oficinas, escuelas. Las ciudades son todas espléndidas, de luminosa belleza, el territorio tan bello como un jardín encantado. Habéis mensurado la tierra habitada, habéis tendido puentes de todo tipo para unir las orillas opuestas de los ríos, habéis cortado las laderas de las colinas para abrir caminos, habéis convertido las regiones desiertas en lugares llenos de vituallas.

Elio Arístides

Orador, historiador y filósofo griego (siglo II d. C.)

Discurso A Roma

La historia de **Roma** se escribió en el foro, el senado, el palacio, las termas, los teatros, el circo y las bulliciosas gradas de los anfiteatros. Paralelamente a ésta, sin embargo, hay otra historia que nos es mucho más desconocida: la que se vivía cotidianamente en las casas y en las calles.

Se calcula que habitaban en el **Imperio romano** entre cincuenta y ochenta millones de personas, la mayoría de las cuales se dedicaba a tareas agrícolas o ganaderas. La vida de toda esta población dependía de las ciudades.

En la **ciudad** se celebraba el mercado, donde los campesinos acudían a vender sus productos y podían adquirir todo lo que necesitaban. La ciudad era también el centro religioso y administrativo. Podemos imaginar el Imperio como una gran red de ciudades comunicadas entre sí por una impresionante red viaria. En el centro de esta red se situaba **Roma**, la *Urbs*, y desde ella el emperador y el senado, que imponían una misma ley y un único sistema monetario.

El término *civilización* deriva de la palabra latina *civitas*. Los antiguos romanos entendían la *civitas* como un espacio y una forma de relacionarse en comunidad. Las ciudades romanas se articulaban en torno a unos ejes

fundamentales: el derecho (*ius*), la participación política y los servicios públicos. En definitiva, basándose en la idea de que era responsabilidad de la comunidad hacer funcionar las cosas. Ésta fue la clave de su éxito a lo largo de los siglos. La llamada civilización occidental, cuya influencia se extiende a la mayoría de los países del mundo, es una evolución de esta creación romana.

Si vamos algo más allá y examinamos con detalle cómo era la vida en esas ciudades, descubriremos una realidad que sin duda nos resultará familiar. Todos los días entraban en la ciudad los campesinos de las aldeas vecinas, ***pagi y vici***, para vender sus productos y buscar repuestos y útiles en los talleres. También llegaban los comerciantes de paso y los viajeros. La ciudad no descansaba nunca: ocupación de las aceras, problemas de limpieza, atascos permanentes, derrumbamientos e incendios de edificios, especulación del suelo, etc. No era un espacio idílico: además de los palacios, los grandes templos, los teatros, las gigantescas termas, los jardines y las fuentes monumentales, también había calles con problemas de suciedad, inseguridad y un tránsito agitado.

LA VIDA, EN LA CALLE

En el mundo romano, la vida transcurría en la calle. En las ruinas de la **antigua Pompeya** —la ciudad romana que quedó totalmente sepultada por la erupción del **Vesubio** del año 79 d. C. —, se pueden distinguir calles pavimentadas con lastres de piedra, aceras bien construidas y pasos de peatones con unas piezas elevadas que permitían cruzar la calzada sin ensuciarse los pies, ya que a menudo estaba llena de excrementos de animales de tiro. Había unas aberturas laterales que conducían las aguas residuales y el agua de lluvia hacia las alcantarillas. Por debajo de la calle también circulaba el agua limpia, a través de unas cañerías de plomo que conducían el agua que había llegado a la ciudad a través de los acueductos hasta las fuentes públicas, grandes termas y algunas de las viviendas de mayor prestigio.

Las calles tenían diferentes anchuras: había las avenidas principales, anchas y porticadas, que comunicaban las puertas de la ciudad con el área central del foro; y las vías secundarias, menos importantes, a veces simples callejones, que articulaban los diferentes barrios. Las **ciudades** de nueva planta seguían el orden ortogonal que se utilizaba para distribuir los terrenos entre los colonos: calles orientadas según los puntos cardinales formando una red, el **cardo** de norte a sur y el **decumano** o **decumanus** de oeste a este.

Sin embargo, la presión demográfica y la especulación del suelo fueron alterando la fisonomía de estas ciudades tan bien pensadas.

Por un lado había las **domus**, las grandes casas patricias tradicionales de planta baja, independientes, y por otro las **tabernae**, casas que se alineaban a ambos lados de la calle, con vivienda en la planta superior (*pergulae*) y pequeños comercios o talleres en la planta baja. Durante los últimos siglos de la República (II-I a. C.), Roma recibía diariamente una gran afluencia de nuevos habitantes: campesinos arruinados por los grandes latifundios, antiguos soldados y, en general, itálicos atraídos por las oportunidades de la gran

ciudad. Para poder alojarlos se edificaron numerosas *insulae*, bloques de pisos de varias plantas. A menudo se construían con prisas y con materiales poco sólidos. La mala calidad de la construcción provocaba incendios y derrumbamientos.

Los grandes constructores, como el riquísimo **Craso**, miembro junto a **Julio César** y **Pompeyo** del **Primer Triunvirato** (año 59 a. C.), obtuvieron inmensas fortunas a través de la especulación urbanística: compraban a bajo precio los *praedia*, parcelas que habían quedado libres debido a los incendios, y edificaban de nuevo.

A comienzos del siglo I d. C., **Augusto** fijó por ley la altura máxima de las *insulae*: 70 pies (6 plantas, aproximadamente 21 metros). En tiempos de **Nerón**, tras el incendio de Roma en el año 64, se creó una nueva legislación urbanística que potenciaba la construcción de grandes inmuebles residenciales, de varios pisos, lineales o con patio, rodeados de pórticos. Para evitar la propagación de las llamas, no podían tener paredes medianeras. En la ciudad de **Ostia**, junto al puerto de Roma, se han conservado muchas residencias de este tipo. Todas las ciudades romanas seguían las normas imperiales y las aplicaban a su territorio.

La vigilancia de los edificios y de las actividades que se realizaban en la calle era responsabilidad de dos *aediles* o ediles, una especie de concejales de urbanismo. Dependían de los dos *duumviri* o duunviro, que actuaban como alcaldes y jueces. Los ediles tenían que velar para que nadie ocupara las calles y las aceras por intereses privados, para que se respetara la altura máxima de los edificios y para que se cumplieran las normas de salubridad e higiene. La **Lex Iulia municipalis** de Julio César obligó a los vecinos a limpiar su portal y el trozo de calle correspondiente. Cada vecino tenía que asumir el coste de construcción y mantenimiento de la calle y las aceras situadas frente a su vivienda.

A diferencia de las grandes *domus* de los patricios, los minúsculos apartamentos de las *insulae* no tenían cocina ni agua corriente. Una de las obsesiones de los magistrados era luchar contra los incendios, ya que en las paredes había vigas de madera que se encendían con mucha facilidad. Tener cocina era un lujo para la mayoría, así que la gente acudía a las *lixae*, puestos donde se vendía comida, o a las *popinae* y *cauponae*, bares y hostales en los que se servía comida y bebida.

Para intentar controlar los incendios, en la **Roma imperial** se creó un cuerpo mixto de policía y bomberos, los *vigiles*, una fuerza militar integrada por siete cohortes (unos 4.200 hombres). Cumplían una doble misión: vigilaban las calles por la noche e intervenían si se prendía fuego en una casa. Mal remunerados y con pocos medios, no eran muy efectivos cuando los incendios eran de grandes proporciones. En el resto de las ciudades romanas, la extinción de los fuegos era competencia del colegio de los *fabri*, obreros de la construcción organizados en grupos y acostumbrados a trabajar en equipo.

En algunos casos es difícil saber cuántos habitantes tenía una ciudad. Sí sabemos que Pompeya tuvo entre 10.000 y 15.000 habitantes, y Roma, la *Urbs*, debió de superar el millón (*).

¿Y qué tal dormían los romanos?... Poco y mal. Para evitar accidentes y atropellos, Julio César promulgó una ley que prohibía que los carros circularan en la ciudad de Roma a la luz del día. Así pues, antes de la puesta del sol, por las calles sólo se veía a gente andando, o a los más ricos en literas de manos.

(*) Llegamos a esta cifra a partir de una serie de informaciones y cálculos. Sabemos que el número de ciudadanos inscritos en época de Augusto era de 320.000. A esta cantidad hay que añadir los niños menores de once años y las mujeres, lo cual la duplica: unos 700.000. También hay que sumar una cifra importante de extranjeros no ciudadanos (¿50.000? ¿100.000?). Por último, hay que tener en cuenta la gran cantidad de esclavos (en Pérgamo, en el siglo II, eran un tercio de la población). Según distintos documentos catastrales (*Curiosum*, *Notitia*, *Breviarium*), en el siglo IV había en Roma 1.782 grandes *domus* y 46.290 grandes *insulae* (bloques de apartamentos). En el siglo II, la población de Roma se estima entre 1.200.000 y 1.600.000 habitantes.

El objetivo era evitar accidentes si los carros perdían la carga o si se les rompían las ruedas por el mal estado de las calles, y, sobre todo, evitar los atascos. La ley de Julio César resolvió el problema, ya que sólo podían circular por la ciudad los carros de las grandes obras públicas y los trabajos de desescombro, pero creó otro, porque el suministro de la ciudad se hacía de noche, con el consiguiente ajetreo y alboroto de vehículos y trabajadores.

Los panaderos también trabajaban de noche. Además estaban los ladrones, los noctámbulos y los borrachos. Según **Juvenal**, en la ciudad de Roma sólo podían dormir los ricos.

Circular por las calles durante el día resultaba complicado debido al gran gentío. Desde los balcones y las ventanas se lanzaban desperdicios, orines y todo tipo de residuos, que asustaban y ponían en peligro a los viandantes. No había un servicio público encargado de la limpieza, que dependía de las fuerzas de la naturaleza (lluvias y vientos) y de la voluntad de los vecinos, más o menos condicionada por la ley. En todas partes había vertederos para las basuras o *stercus*. Nombres como Stercorius o Stercorosus hacen referencia a los bebés abandonados entre las basuras.

Así pues, había ruidos, suciedad, malos olores y peligros. Pero no todo eran problemas: en las ciudades había mucha actividad, la gente trabajaba, se ganaba dinero. En una sola calle de Pompeya, la **Vía de la Abundancia**, se han encontrado lavanderías industriales, tiendas de tejidos, panaderías, bares y restaurantes. La vida comunitaria provocaba conflictos entre los vecinos, pero también relaciones solidarias, sociales y políticas.

LOS DIOSES PROTECTORES

Los romanos rendían culto a los *lares compitales*, dioses protectores que se representaban pintados en unos pequeños altares en las encrucijadas (*compita*). Para los romanos, las encrucijadas eran lugares de intermediación entre el orden humano y la naturaleza, encarnación del Caos.

Los *lares compitales* eran divinidades de carácter menor que favorecían y acompañaban al ser humano en su relación con el mundo divino. Protegían a los vecinos del barrio o *vicini*, que celebraban una fiesta anual en su honor y en días señalados les hacían ofrendas.

Esta fiesta solía celebrarse pocos días antes de las fiestas saturnales, a finales de año. Las familias se acercaban a la encrucijada para depositar las ofrendas y los vecinos aportaban presentes, uno por cada miembro: prendas de vestir que colgaban ante las imágenes, pelotas y muñecas de lana (*maniae*), etc. En el corazón del barrio, en las **compitia**, se realizaban también las reuniones de vecinos.

Con las reformas de **Augusto** se formaron asociaciones de esclavos y libertos (*collegia compitalicia*) que, bajo la dirección de los **vicomagistri**, se encargaban de organizar las **fiestas compitales**. El genio del emperador (*genius Augusti*) se asoció a los honores de los *lares compitales*. Los **magistri** eran escogidos anualmente por los vecinos. Las fiestas se celebraban dos veces al año, en mayo y en agosto, probablemente el día 1.

LAS PAREDES HABLAN

Los muros de las ciudades romanas constituían soportes para todo tipo de anuncios y reclamos. Letreros pintados con grandes letras anunciaban las actividades públicas y los juegos de gladiadores, y los comercios presentaban así sus productos. Los magistrados urbanos, que una vez al año se sometían a votación popular (duunviros y ediles), solicitaban también así el voto a los ciudadanos. Los muros de **Pompeya** conservan una gran cantidad de esas peticiones y recomendaciones de voto.

Asimismo, los muros eran un espacio de expresión popular, con pintadas y grafitos: sentimentales, sensuales, nostálgicos, humorísticos o sarcásticos. En ocasiones, el autor del mensaje expresa con sinceridad y melancolía que echa de menos a la persona amada (por ejemplo una mujer que se siente desamparada por la ausencia del marido soldado). Otras veces, los grafitos reflejan necesidades y ofertas sexuales explícitas, con frases directas, vulgares o escatológicas.

Los grafitos, grabados con la punta de un cuchillo, un clavo o un trozo de madera afilado, eran realizados por todo tipo de gente (un tendero, un aprendiz, un esclavo, etc.), generalmente hombres, eso sí. Sin embargo, los *tituli* pintados exigían toda una organización (pintura, escalera, linterna, calígrafo, etc.) y eran realizados por equipos especializados. Gracias a los grafitos, las voces de los antiguos habitantes de esas ciudades llegan hasta nosotros a través del tiempo, después de dos mil años de historia.

Inscripciones electorales

Transcripción

M(arcum) Holconium / Priscum Ilvir(um) i(ure) d(icundo) / pomari universi / cum
Helvio Vestale rog(ant)

Traducción

Votad a Marco Holconio Prisco para alcalde
Lo piden Helvio Vestale y todos los vendedores de fruta

Transcripción

Holconium Priscum duumvirum
Fullones universi rogant

Traducción

Votad a Holconio Prisco para alcalde
Lo piden todos los lavaderos

Los gremios profesionales constituían verdaderos grupos de presión en el ámbito de la propaganda electoral. En este caso son los lavaderos de Pompeya y los vendedores de fruta, encabezados por su líder y dirigente de la asociación, quienes reclaman el voto para un candidato como alcalde.

Holconio Prisco era miembro de una de las familias pompeyanas más grandes y ricas, y producía unos vinos muy preciados, los *vitis Holconiae*, citados por **Plinio el Viejo**. Estos grafitos corresponden a las últimas elecciones de **Pompeya**, antes de la erupción del **Vesubio** que destruiría la ciudad en el año 79 d. C.

Transcripción

Marcum Cerrinium
Vatiam aedilem Oro Vos Faciatis Seribibi
Universi rogant

Traducción

Votad a Marco Cerrinio Vatia para edil
Lo piden los borrachos nocturnos

Transcripción

Vatiam aedilem

Furunculi rogant

Traducción

Los rateros piden el voto
para Vatia como edil

Transcripción

Vatiam aedilem rogant

Macerio dormientes

Universi cum

Traducción

Todos los dormilones del muro [o del mercado]
piden el voto para Vatia como edil

Tres ejemplos de humor electoral centrados en el mismo candidato: **Cerrinio Vatia**, que estaba al frente de la asociación de los muleros (*muliones*) y era un personaje influyente en Pompeya. Estas inscripciones demuestran la vitalidad política de las ciudades romanas donde, además de los discursos oficiales, proliferaban las opiniones críticas, que en este caso concreto toman la forma de una contracampaña.

Transcripción

Caium Lolium

Fuscum Il virum viis aedibus sacris publicis procurandis

Assellinas rogant!

nec sine Zmyrina

Traducción

Votad a Cayo Lolio Fusco como duunviro y edil a cargo de los edificios
sagrados y públicos

Lo piden las chicas de Aselina

Incluso la de Esmirna

En un letrero pintado junto a la puerta de un hostel y prostíbulo de la **Vía de la Abundancia**, las empleadas del local solicitan el voto para uno de los duunviros. Probablemente se trate de un caso de propaganda negativa encargado por un rival para poner de manifiesto la mala vida del candidato.

Reclamos amorosos

Transcripción

Secundus
Primae suas ubi
que isse salutem
rogo domina
ut me ames

Traducción

Segundo
a su Prima:
allá donde estés, te saludo
Te ruego, señora, que me ames

Crítica al poder

Transcripción

Rufus est

Traducción

Éste es Rufus

Una caricatura irreverente realizada con un punzón en una de las estancias principales de la **Villa de los Misterios**, en las afueras de Pompeya. Su autor debió de ser un esclavo. Se sabe que el dueño de la casa era el aristócrata **Istacidius Rufus**. En el dibujo aparece calvo, narigudo, con las orejas menudas, la barbilla prominente y con una corona de laurel, como el emperador.

Transcripción

Cucuta a rationibus Neronis Augusti

Traducción

La cicuta [el veneno] es el ministro de Hacienda de Nerón

El emperador podía pedir a un proscrito que se suicidara con veneno. Después, se quedaba con todos sus bienes. De ahí la comparación entre el veneno y el recaudador de impuestos.

Una de 'tifosi'...

Transcripción

Colonia audacter

Traducción

Colonia intrépida

El significado de esta inscripción podría ser: «¡Viva Pompeya!».

La letra C aparece adornada con una palma, símbolo de la victoria. Esta pintada se encuentra muy cerca del anfiteatro de Pompeya. Podemos deducir que se trata de una muestra de apoyo a los combatientes locales frente a los visitantes.

Nerón mandó cerrar durante diez años el anfiteatro de Pompeya, después de la batalla campal entre los aficionados locales y los rivales de la vecina ciudad de **Nocera**, que acabó con muertos y heridos.

Poesía visual

transcripción

Venustus

traducción

Bello, feliz, afortunado

Un barco navegando por el mar, con una sencilla expresión que denota admiración. El adjetivo *venustus* remite a la diosa **Venus**, que a menudo aparece representada sobre una embarcación.

LA IMPORTANCIA Y EL USO DEL AGUA

Las ciudades romanas necesitaban un **suministro de agua** abundante y seguro. El agua llegaba a la ciudad a través de los acueductos, desde las fuentes cercanas y hasta unos grandes depósitos llamados *castellum aquae*. Desde ahí, un complejo entramado de cañerías de plomo la conducía hasta las fuentes públicas, situadas en las calles, las grandes termas y también las casas de los más ricos. De un modo u otro, en la ciudad todo el mundo podía acceder a ella.

En el año 312 a. C., el censor **Apio Claudio** impulsó la construcción del primer **acueducto** de Roma: una conducción de 16 kilómetros que suministraba agua de excelente calidad. En el siglo III d. C. llegaban a Roma 11 acueductos, en una red de 480 kilómetros de conducciones que suministraban 1.127.280 m³ de agua al día. En Roma, la población era de aproximadamente un millón de personas. A cada uno de sus habitantes le correspondía, pues, 1.100 litros al día. El volumen actual recomendado para las ciudades del primer mundo es de 500 litros por día y habitante. La cantidad de la que disponían los romanos se explica por la importancia de las grandes fuentes y las termas públicas, y también por las importantes pérdidas de agua que se producían en toda la red.

En palabras de **Plinio el Viejo**: *Podéis comparar las numerosas y necesarias moles que son los acueductos con las superfluas pirámides o las construcciones de los griegos, famosas y sin embargo inútiles.*

En el año 90, el emperador **Nerva** mandó al senador **Julio Frontino** que controlara el abastecimiento de agua en la ciudad de Roma, y que solucionase el problema de las pérdidas y los robos en los acueductos. Frontino estudió la

cuestión y redactó un pequeño tratado que puede considerarse la primera obra sobre la gestión de una empresa pública de aguas y de la que estaba muy orgulloso. Éstas eran sus conclusiones:

En la actualidad [en la ciudad de Roma], el agua que era sustraída mediante fraudes o malgastada por negligencia ha acrecentado su caudal como si se tratara de una iluminación de los dioses, y de este modo el aforo casi se ha duplicado, y distribuido con tanto tiento que se han podido proporcionar muchas conducciones a distritos que solamente tenían una. [...] También las fuentes públicas tienen dos presas diferentes de forma que, si una se interrumpe debido a un accidente, el servicio no se ve afectado. Ni siquiera las aguas de desecho quedan estancadas, se han combatido las causas de la contaminación atmosférica, las calles se ven más limpias, el ambiente más puro y los malos olores, que entre los antepasados tan mala reputación dieron a la ciudad, han sido eliminados.

Para el escritor griego **Dionisio de Halicarnaso** (siglo I a. C.), que vivió veintidós años en Roma y escribió ***Historia antigua de Roma***, lo más destacable de las ciudades romanas eran los acueductos, las alcantarillas y el pavimento de las calles.

En efecto, en el subsuelo de las vías principales había otra importante obra de ingeniería: el alcantarillado, que se llevaba las aguas residuales y de lluvia. No había en toda la ciudad, sólo en las calles principales y en los espacios públicos.

En las calles había los aseos públicos o *latrinae*. A lo largo del recorrido de las alcantarillas y los canales de desagüe de los baños había unas salas de uso colectivo con unos bancos situados sobre los canales que permitían la evacuación rápida hacia el subsuelo. Aún así todas las *domus* romanas tenían retretes, con unos agujeros para evacuar los residuos, incluso en las plantas superiores.

Las letrinas eran mixtas, pero las romanas eran muy pudorosas. Las mujeres preferían esperar su turno y dejar a alguien de guardia en la puerta. Por supuesto, las mujeres importantes no acudían a las letrinas públicas, en caso de necesidad era mejor acercarse a la casa de alguna amiga.

En los barrios populares también había urinarios, con ánforas y grandes jarrones (*testae*) para recoger la orina que, después, se usaba para adobar el cuero y limpiar la ropa. El emperador **Vespasiano** gravó su recogida con un impuesto. Su hijo **Tito** le desaconsejó la medida por ser poco noble. Como respuesta, Vespasiano le preguntó si acaso le parecía que las monedas de oro recaudadas mediante este procedimiento olían mal... En Italia, los aseos públicos todavía se denominan «vespasianos».

Además de su función primera, las letrinas eran el espacio predilecto de aquellos que, sin recursos propios, querían ser invitados a las cenas, como por ejemplo **Vatia** según uno de los epigramas del poeta **Marcial**. La táctica era muy sencilla: había que esperar la llegada de una persona con dinero. Una vez sentado éste en la letrina, el otro se instalaba junto a él y le pedía insistentemente que le invitara. Más de uno aceptaba para que le dejaran en paz.

EL GRAN MERCADO

La ciudad romana era la sede de archivos y tribunales, se realizaban negocios y se celebraba el mercado. Era, en definitiva, un lugar de encuentro donde llegaban viajeros de diversas procedencias.

Aquí se bebe por un as...

Tradicionalmente, el recién llegado era acogido en casa de unos *hospites*, huéspedes conocidos. Pero estas relaciones de hospitalidad se revelaron insuficientes para atender la demanda de todos los que visitaban Roma, por lo que se crearon negocios especializados.

Los más humildes eran los *lixae*, vendedores ambulantes de comida caliente y pastelería que, cuando había mercado o *macellum*, se instalaban su alrededor. En el siguiente escalón se situarían unos negocios estables situados en locales urbanos, las vinaterías (*tabernae vinariae*), que se dedicaban a vender y servir vinos al por menor. Si incorporaban una barra de servicio y unas mesas donde servir las comidas, se convertían en establecimientos de comidas (*popinae*).

Las *cauponae* eran el negocio más extendido. Con el término *caupo* se designaba por igual al hostelero y al negocio, que incorporaba algunas habitaciones en el primer piso, de forma que la vinatería se transformaba en un hostel o una pequeña fonda. No siempre es fácil distinguir entre estos diferentes tipos de establecimiento a partir de los hallazgos arqueológicos, porque a veces en la planta superior de las *popinae* se situaba la vivienda del hostelero y su familia. Al frente de un negocio de albergue siempre solía estar el cabeza de familia, con la ayuda de la mujer y los hijos. Pero naturalmente también podía ser llevado por una mujer, o por una viuda. El caso de las *cauponae* o «pensiones» gestionadas por mujeres está muy documentado.

Las *cauponae* estaban asociadas al juego y la prostitución, de ahí la mala reputación que tenían. Sus clientes pertenecían a las clases populares. En las

grandes ciudades romanas también había lujosos *hospitia*, *domus* grandes y tranquilas con atrio y peristilo transformadas en hoteles residenciales para los viajeros de buena posición.

Finalmente, había otro tipo de negocio en los portales de la ciudad: los *stabula*, unos mesones con grandes patios y cuadras donde los comerciantes que llegaban de los alrededores o desde poblaciones más lejanas podían guardar de forma segura sus carros, animales y mercancías.

En las *popinae* y las *cauponae*, la calidad dependía de la diversidad de la oferta. El vino, solo o mezclado con agua (en invierno caliente), se podía tomar de pie en la calle, o en los grandes mostradores con *dolia* como los que se han encontrado en **Pompeya** y **Herculano**. Por la tarde, lo más habitual era sentarse alrededor de una mesa, beber vino y disfrutar del ambiente, de la conversación y de la animación de los juegos de dados.

Si el local aspiraba a una cierta calidad, a esta oferta se sumaba un salón triclinico donde los huéspedes podían comer y beber tumbados, siguiendo el modelo de las clases dominantes. Todo era cuestión de precio, como recuerda un letrero pintado en la *caupona* de Hedoné, en **Pompeya**: *Aquí se bebe por un as, por dos ases beberás mejor y por cuatro beberás vino de Falerno*.

El pan que llegó de Grecia

A mediados de siglo II a. C., **Catón el Viejo**, romano conservador y moralista, consideraba que la aparición de panaderías donde la gente compraba grandes panes era un claro ejemplo de decadencia «griega». Por eso exigía a sus compatriotas que se ciñeran al consumo tradicional comiendo cereales de cebada y trigo en forma de gachas (*pols*) amasadas en el hogar familiar. Sucesivas generaciones de buenos romanos comieron lo siguiente al final del día (*cena*): una densa sopa hervida de cereales con legumbres, verduras y, cuando había, algunos huesos y trozos de carne.

A pesar de las reticencias del viejo Catón, el consumo de pan se hizo cada vez más popular. Los panes romanos tenían fama de ser muy duros. Eso era probablemente debido al mal conocimiento de las levaduras, que se preparaban con mostos de uva. Sin embargo, duraban mucho, como los *panis militaris* suministrados a los legionarios. Para suavizar el pan y hacerlo más sabroso, la gente pudiente añadía miel, vino, leche, aceite, pimienta, fruta o sésamo a la masa.

En la sociedad romana, la panificación siempre fue una actividad esencialmente doméstica. Aun así, en **Pompeya**, que era una ciudad pequeña (menos de veinte mil habitantes), se han encontrado treinta y cuatro hornos y pastelerías (*pistrina*), de los cuales veinte tenían anexa una sala destinada a la venta.

En todas las panaderías pompeyanas había unos enormes molinos de piedra volcánica de dos piezas de entre 1,50 y 1,70 metros de altura, que eran accionados por esclavos o mulos. También había mesas para amasar, suelos enlosados y grandes hornos de leña.

En una de esas panaderías, que estaba en funcionamiento la noche de la erupción del **Vesubio**, se encontraron ochenta y un panes redondos carbonizados, muy parecidos a nuestros panes de pueblo.

Lavar, blanquear y planchar

Uno de los comercios más activos eran las lavanderías o *fullonicae*. Tan solo en Pompeya se han encontrado más de veinte establecimientos de este tipo, lo cual indica la importancia que tenían en el conjunto de la actividad comercial. El gremio de los lavaderos fue uno de los grupos de presión política (*rogatores*) más importantes.

Los romanos no conocían el jabón y para lavar la ropa usaban tierra de batán, un tipo de arcilla con propiedades detergentes que absorbía las materias

grasas de los tejidos de lana. En el proceso del *ars fullonica* se lavaba la ropa en unas grandes pilas con agua, tierra de batán y los orines que se recogían en los urinarios públicos. *Fullonica* deriva de la palabra *fullo*, relacionada etimológicamente con la idea de pisar. De ahí el nombre de quienes se dedicaban a lavar la ropa (*fullones*) y de los establecimientos correspondientes (*officina fullonica*). En las lavanderías se lavaba, se blanqueaba y se planchaba la ropa usada (*ab usu*), y también se trataban telas de lana (cardado y endurecimiento).

Los esclavos *fullones* (habitualmente niños) pisaban repetidamente la ropa. A continuación, el tejido se tendía y se golpeaba con palas de madera. Posteriormente se sometía a una serie de lavados en sucesivas pilas de agua hasta extraer del todo la grasa y la suciedad. Las lanas se secaban al sol y se peinaban con hojas de cardo. Las grandes togas de lana blanca se colocaban sobre unas jaulas de madera, en cuya parte inferior se quemaba azufre para emblanquecer la ropa. La tierra de batán seca también se podía usar como blanqueador. Finalmente, las prendas se alisaban, se humedecían y se planchaban con unas prensas de tornillo vertical (*torcular fullonicum*).

Somos lo que vestimos

A pesar de la extensión y la larga duración del Imperio romano, los modos de vestir mantuvieron siempre unas características comunes, tanto en lo que respecta a los hombres como a las mujeres, a los ricos y a los pobres.

La toga era el traje oficial que los ciudadanos llevaban en público. El tejido variaba según la condición social. Los materiales más frecuentes eran el lino, la lana y el fieltro. Para otras prendas de vestir, los romanos importaban seda y muselina, que se bordaban con hilo de oro y de plata.

El sastre (*vestuarius* o *vestificus*), normalmente un hombre, era el encargado de confeccionar la ropa. En la tienda había un mostrador, generalmente de madera decorada. Además, había bancos o sillas para que los clientes

podieran sentarse. Las sastrerías eran negocios familiares, con sus trabajos especializados.

Según **Varrón**, las ovejas debían esquilarse a finales de la primavera. En las *officinae lanificariae*, la lana se sometía a un laborioso proceso: se lavaba con orines para extraer la grasa y obtener lanolinas, descritas por Plinio el Viejo, que se usaban como pomadas y cosméticos.

A continuación, la lana se lavaba de nuevo con agua, se cardaba y se hilaba con husos y ruecas. Durante el mes de agosto las lanas se teñían en unas grandes calderas metálicas, en las *officinae infectoriae*. Las prendas más preciadas se teñían con una sustancia segregada por un molusco, el múrice, en unas factorías especializadas (*baphia*) donde se aplicaban técnicas milenarias heredadas de los fenicios. En las excavaciones arqueológicas, los grandes montones de caparazones de múrice identifican el lugar donde se encontraban estos establecimientos.

La presencia de laneros y tejedores de lino era considerable. En Pompeya, los *lanificarii* constituían una de las corporaciones más importantes, con trece talleres para la preparación de las lanas, siete hilaturas y siete tintorerías.

¡AL FORO!

La vida cotidiana de los ciudadanos transcurría en las casas y en las calles. La vida pública, relacionada con el deber de participar en la política, los negocios comerciales y los asuntos judiciales, se desarrollaba en el foro.

El foro era, por definición, el espacio común. En él se exponían las **leyes**, los decretos de los decuriones y se anunciaban los asuntos que todo el mundo debía conocer. Los productos más preciados (joyas, telas de lujo y perfumes exóticos) se vendían en las tiendas que había en los pórticos y en las calles circundantes. El foro era el lugar predilecto para celebrar reuniones o cerrar tratos, el escenario público donde a lo largo del día se dejaban ver los hombres importantes. La gente distinguía a los senadores y caballeros por sus togas blancas decoradas con franjas púrpura de color rojo intenso, anchas o estrechas según su categoría social; y también porque, para demostrar su influencia y poder, iban acompañados de grupos de amigos y clientes.

En fechas determinadas, los **magistrados** dirigían un llamamiento a los **decuriones** para celebrar las reuniones del *ordo*, en la curia o en alguno de los templos principales. En dichas reuniones se tomaban las decisiones importantes que afectaban a la vida común y se emitían decretos de obligado cumplimiento. Los **duunviros** acudían a ellas de forma majestuosa: los lictores y el heraldo les abrían paso entre los viandantes a empujones y gritos, mientras en el *tabularium* sus ayudantes preparaban la documentación de los asuntos que había que tratar.

El foro era especialmente el espacio destinado a la justicia. En la **basílica** forense se encontraba el tribunal de los duunviros. Los diversos grupos de jueces se reunían en ella para dictar sentencia sobre todo tipo de delitos y conflictos. Los abogados demostraban sus dotes oratorias y su capacidad de persuasión ante el público.

Los pórticos del foro, y sobre todo la basílica forense, eran también el lugar de reunión de los hombres de negocios, los *negotiatores*, que decidían las grandes operaciones del tráfico mercantil entre las diferentes provincias. Habitualmente, estas operaciones se realizaban mediante préstamos y comisiones. Por esta razón, los *negotiatores* requerían el concurso de los banqueros, prestamistas y cambiadores de moneda, establecidos alrededor de la plaza forense. En el foro se realizaban las subastas para adjudicar las obras públicas: nuevas construcciones, pavimentaciones, reformas o restauraciones. Los contratistas acudían para conocer los nuevos proyectos y sus condiciones y, a partir de ahí, poder presentar propuestas y presupuestos.

En cierto modo, el foro estaba reservado a los hombres. No es que estuviera prohibido a las mujeres, pero ése no era su lugar. Las más adineradas no se paseaban por el foro, si pasaban por él era en una litera cerrada para no ser vistas. Y las mujeres pobres tenían demasiado trabajo. La presencia pública conjunta, en familia, tenía lugar en calles y plazas con motivo de las grandes fiestas, que dicho sea de paso eran muchas a lo largo del año.

¿Dónde estaban entonces las mujeres? Pues por ejemplo charlando reunidas alrededor de una fuente al ir a buscar el agua, o haciendo la compra en los puestos del mercado (*macellum*), o saliendo de la ciudad para buscar unas hierbas para la sopa, o unas flores para la casa.

En la plaza también podían verse sacerdotes, pontífices, *flamines* y *flaminicae*, con su característica indumentaria, acompañados de sus ayudantes y sirvientes. Pasaban por ella cuando se dirigían a los templos para sus actividades cotidianas o bien iban a celebrar alguna fiesta del complejo calendario litúrgico, con animales de sacrificio. Durante los siglos de la República, la plaza del foro era el lugar donde, cada nueve días (*nundinae*), se celebraba el mercado. También era el lugar de las grandes fiestas públicas, con acrobacias, pugilatos, cacerías y luchas de gladiadores. Rodeaba la plaza forense toda una serie de recintos de madera improvisados, con entablados elípticos apoyados en los pórticos.

EN NINGUNA PARTE COMO EN CASA

En las ciudades romanas no había barrios de ricos y de pobres. Junto a las casas de las familias acomodadas se levantaban los bloques de apartamentos y habitaciones humildes.

La mayoría de los vecinos vivía en pequeños apartamentos de alquiler, en unos bloques de viviendas de varias plantas que se denominaban *insulae*. Los apartamentos eran pequeños, oscuros, estaban mal ventilados y expuestos a un peligro constante de derrumbamiento o incendio debido a la mala calidad de la construcción.

Sólo algunos (aristócratas de la clase senatorial o las personas ricas de la clase ecuestre) podían permitirse vivir en casas unifamiliares, las *domus*.

Debido a los problemas de ruido, falta de limpieza e inseguridad, las *domus* tenían muy pocas aberturas a la calle. A diferencia de lo que ocurre actualmente, los propietarios se reservaban la parte interior de la casa. Las habitaciones que daban a la calle se alquilaban a tenderos (planta baja o *taberna*) y vecinos (altillos del primer piso o *pergulae*).

El atrio (*atrium*) y el jardín (*peristil*) proporcionaban luz y aire fresco y saludable al interior de las casas.

Para mostrar a los viandantes la importancia del propietario en la escala social de la ciudad, la casa se estructuraba en un único eje visual que, desde la puerta, permitía ver gran parte de la construcción interior.

En las *domus* de cierta importancia, todas las mañanas tenía lugar una ceremonia de visualización de las relaciones sociales: la *salutatio*. La casa ponía de manifiesto la posición de las familias con cierto estatus social.

En la entrada de las *domus* de las ciudades romanas de **Pompeya** y **Herculano** se han encontrado los bancos de piedra donde se sentaban los clientes para esperar la *salutatio*, ceremonia mediante la que el patrón y propietario de la *domus* saludaba diariamente a sus clientes.

El **clientelismo** y el **patronazgo** son instituciones sociales romanas muy características. Sin un sistema de seguridad social ni de pensiones y con gran cantidad de ciudadanos libres pero pobres, las personas sin recursos dependían de la protección de los poderosos.

Los clientes debían lealtad a su patrón. Esto significaba que le ayudaban en todo lo que podían y le apoyaban en las campañas políticas. A cambio recibían la *sportula* (comida, dinero o ambas cosas).

La estructura de la casa romana estaba concebida para escenificar la ceremonia de la *salutatio*, que se celebraba todos los días por la mañana temprano, en diferentes espacios: la calle (para los clientes más pobres), el vestíbulo y el atrio para los más próximos y, al fondo, el *tablinum*, una especie de despacho donde el patrón conversaba de sus asuntos con amigos y clientes.

La vida en **familia** significaba compartir tareas y responsabilidades, incluido el cuidado de los hijos, adaptándose a los espacios y los recursos disponibles. Otro tanto ocurría cuando la casa era de alto nivel económico. Las responsabilidades públicas del *pater familias* respecto a sus clientes o sus obligaciones como decurión o magistrado se extendían a su mujer, quien, como *domina* y señora de la casa, debía velar para que todo estuviera en orden, los esclavos cumplieran con sus obligaciones y los amigos invitados se sintieran a gusto.

La casa de atrio separaba por ello muy claramente dos ambientes distintos: uno público, de recepción, en torno al atrio, y un segundo espacio, **privado y**

familiar, situado en los pisos superiores y en torno al jardín y peristilo trasero. Ése era el mundo del gineceo, reservado a la **mujer** y a los hijos pequeños de la casa, donde se preparaban los alimentos, se tejía la ropa, se hablaba y se jugaba.

Cuando la familia tenía un pequeño negocio instalado en una *taberna* abierta a la calle, con la vivienda en el piso superior, los hijos empezaban a ayudar en todo lo necesario y a trabajar como aprendices en uno o más oficios a muy temprana edad. Otro tanto ocurría en las familias de alto nivel económico, pero en este caso los niños debían recibir antes una educación que les preparara para asumir sus futuras responsabilidades públicas; ésta era la función de los tutores y pedagogos, muy a menudo esclavos de confianza de origen griego.

Jano guarda la puerta

En la casa romana, por la puerta entraban las cosas buenas pero, como también podían colarse las malas, había que estar protegido. Una multitud de divinidades protegía las diferentes partes de la casa. La puerta se denominaba *ianua* en honor a **Jano**, el dios de las dos caras; como las puertas, que tienen una cara exterior (*foris*) y una interior (*intus*).

Para procurar felicidad y prosperidad a los habitantes de la casa, se realizaban en la entrada una serie de rituales religiosos y supersticiosos; la gama de recursos era muy amplia. A pesar de ello, el gran sabio **Plinio el Viejo** consideraba ridículo que se pudieran hacer curaciones o dar mala suerte a un vecino «clavando murciélagos» en las puertas, haciendo recetas con «estrellas de mar ungidas con sangre de zorro» o con «trozos de uñas de pies y manos de cera con vísceras de lagartijas mezcladas con orina de mona».

Las supersticiones eran una parte importante de la vida cotidiana, ayudaban a diferenciar el espacio público del privado y a proteger este último de forma simbólica, en el mismo umbral.

Ave o Cave

Normalmente, pasada la puerta de entrada había un pequeño pasillo en pendiente que conducía al atrio. Recibía el nombre de *fauces*.

El suelo de este pasillo acostumbraba a estar decorado con mosaicos (*opus tessellatum*) que contenían mensajes de bienvenida con los términos *AVE* o *HAVE*, a pesar de que también se han encontrado mensajes de advertencia como *CAVE CANEM* (¡cuidado con el perro!), puesto que había que proteger la casa de los extraños.

Un personaje habitual en las casas más ricas era el portero o *nomenclator*, que dormía en un rincón o en un pequeño *cubiculum*.

La vida, en el atrio

Antiguamente, la cocina estaba situada en el atrio. Su abertura al exterior permitía eliminar los humos y mejoraba la iluminación del interior de la casa. Además, funcionaba como una pequeña estancia central que comunicaba las habitaciones.

En el centro del **antiguo atrio romano** (el atrio toscano) no había columnas. Aparecieron posteriormente por influencia griega, y supusieron un cambio estético y una mejora estructural porque daban mayor consistencia al techo voladizo. Los pórticos y las columnas eran sinónimo de lujo y poder.

El compluvio (*compluvium*), en la parte superior, y el impluvio (*impluvium*), un pequeño estanque central con una cisterna inferior, servían para recoger el agua de lluvia. Junto al *impluvium* había un pozo; los *puteal* o brocales que encontramos en la mayoría de las *domus* son de mármol y tienen una función más bien decorativa. Con la construcción de los acueductos y las canalizaciones para suministrar agua a las casas más ricas, el atrio fue perdiendo su función primera.

El atrio, que originariamente fue un espacio funcional (cocina, comedor, lugar para la salida de humos, para la iluminación de la casa y para la recogida de agua), se convirtió con el paso del tiempo en un espacio de representación social. Incorporó columnas y pinturas murales y ofreció un marco ideal para la exhibición del poder social y económico del dueño de la casa. Los clientes más próximos al patrón le esperaban allí para la ceremonia matutina de la *salutatio*.

Delante del despacho o *tablinum* había una gran mesa de mármol o *cartilabum*, con la vajilla de plata, símbolo de lujo y estatus. En un lateral del atrio había un arca de caudales enorme y pesada con planchas de hierro y bronce, que el visitante podía imaginar llena de riquezas.

El atrio era un lugar de transición entre la «casa continuación de la calle» y la «casa refugio de sus habitantes», con una parte pública dedicada al *negotium* y una parte privada dedicada al *otium*.

Fuego, hollín, humos, olores y grasas

La cocina no tenía un lugar fijo en la disposición de la casa y no se consideraba una dependencia importante, hasta el punto de que se acostumbraba a asociar a la letrina. Los autores clásicos evocan una imagen poco halagüeña de esta parte de la casa: fuego, hollín, humo, olores y grasas.

Habitualmente, las cocinas sólo tenían un hogar, un horno y un fregadero. El hogar era de ladrillo, con una superficie plana para encender el fuego. Debajo tenía un espacio para guardar la leña o el carbón. La comida se hervía en unas ollas que se colocaban en un pequeño trípode o directamente sobre el fuego, encima de unos ladrillos, o en unas parrillas, a la brasa. El humo salía por una ventana o una chimenea que se agujereaba en una de las tejas planas del tejado. Los enseres de **cocina** eran sencillos, adecuados para una dieta simple, que tenía como base el pan, las legumbres cocidas, las carnes y la fruta.

Con el Imperio surgió una cocina más elaborada y se empezaron a celebrar banquetes, que acababan en auténticas orgías. En esa época se combinaban alimentos y condimentos en busca de nuevos sabores para provocar la admiración de los invitados. El famoso episodio de la cena de **Trimalción de El satiricón** de **Petronio** evoca la moda de transformar los alimentos para que el pescado pareciera carne, y la carne pescado.

Tumbados para poder comer más

Los primeros habitantes de las ciudades romanas cenaban en el atrio (*atrium*), sentados en bancos y sillas alrededor de una mesa. Más tarde, las cenas se trasladaron al *cenaculum*, una estancia situada junto al atrio, o bien al despacho (*tablinum*).

La costumbre de comer tumbado fue herencia de los griegos (cómo casi todas las perversiones, según **Catón el Viejo**). A pesar de que existían precedentes en otras culturas antiguas, como por ejemplo la etrusca, fue después de las **guerras púnicas** y la **conquista de Grecia** cuando la aristocracia romana adoptó esa costumbre.

En el comedor había tres divanes o triclinios, de aquí el nombre del propio comedor, el *triclinium*. El número 3 está relacionado con la magia, por eso las mesas también acostumbraban a tener tres patas. En casa de la gente rica había triclinios de verano y de invierno. Los triclinios de verano, situados en el jardín, eran de obra y estaban decorados con pinturas o mosaicos que mostraban las ventajas de vivir en el campo (aunque, como sucede actualmente, los admiradores de la naturaleza vivían en la ciudad). Los triclinios de invierno no eran muy grandes. Los tres divanes o camas (*lectus triclinaris*) ocupaban prácticamente la totalidad del espacio. Podían ser de obra, pero los materiales más habituales eran la madera y el bronce.

Comer tumbado no es nada cómodo, pero permite comer y beber más, de modo que los banquetes se alargaban y, con ellos, las conversaciones entre

los invitados. En los tres triclinios, cubiertos de almohadas, podían reclinarse entre tres y nueve personas. Habitualmente, las camas se disponían formando círculo, abierto en un punto determinado para permitir el paso de los camareros.

Los comedores romanos estaban decorados con **pinturas**. A pesar de que **Vitruvio** aconsejaba usar colores negros y ocre para absorber mejor los humos, se terminaron pintando de muchas y ricas maneras.

El suelo estaba recubierto de **mosaicos**. Los dibujos acostumbraban a dividirse en secciones que correspondían a cada una de las tres camas, las mesas y la zona de paso, de forma que permitían colocar ordenadamente el mobiliario. Los temas de los mosaicos eran mitológicos, simbólicos o relacionados con la comida y la bebida.

Además de las tres camas había mesas, que se denominaban *mensae* porque ocupaban el espacio central. Las había redondas, que recibían el nombre de *cillibae*.

En los banquetes, las sillas (*sedilia, solia, sellae, bisellum*) estaban destinadas a los invitados de último momento o los adolescentes.

A pesar de que en las casas acomodadas se utilizaban vajillas de plata, bronce y cristal, lo más habitual era usar platos y vasos de cerámica. Los platos hondos se denominaban *catinus*, y los planos *platina*. Los romanos no utilizaban tenedor y cuchillo: la comida se servía cortada a trocitos y se solía coger con las manos. Para las sopas y purés se usaba cuchara (*coclea* o *lingula*).

Para facilitar el servicio a lo largo del **banquete**, solía colocarse una mesa especial donde había el vino (*cilibantum*), y otra para los platos (*repositorium*).

También había una mesa llamada *urnarium* donde se llenaban las jarras de agua.

En la Antigüedad, el sistema más habitual para iluminar una estancia era el candil. Los había de metal (bronce), pero los más frecuentes eran de barro. En Grecia las linternas se fabricaban con el torno, y en Roma con moldes. En Roma el aceite se usaba más como combustible para la iluminación que para cocinar. También se empleaban diferentes tipos de grasa animal, pero no en las casas ricas, ya que desprendían demasiado humo.

Dormir: poco y mal

Alrededor del atrio había unos pequeños aposentos o dormitorios, los *cubicula*, habitaciones con poca iluminación exterior, por no decir ninguna, que no invitaban a permanecer en ellas durante largo rato.

Habitualmente había pocos muebles: una cama (*lectus*), algún *arca* para guardar la ropa y el dinero y una silla (*sella*). También solía haber un elemento sanitario, el orinal (*lasanum*). Frente a la cama se ponía una alfombra (*tora*) para evitar el frío del suelo.

La cama era bastante incómoda. Encima se colocaba el colchón (*torus*) y la almohada (*culcita*), que en las casas humildes estaba rellena de paja, y en las más acomodadas de plumas de cisne.

Encima del colchón se colocaban dos mantas (*tapetia*): el *stargulum* protegía el colchón y el *operimentum* abrigaba. Cuando se acostaban, los romanos, en general, no se desnudaban del todo. Se sacaban los zapatos (*calcei*, *caligae*) y el abrigo (*paenula*), que depositaban sobre el *operimentum* para no pasar frío. Se dejaban puesto el resto de la indumentaria (*indumenta*), normalmente una túnica.

El despacho del dueño de la casa

El *tablinum* era el despacho personal del dueño o *dominus* de la casa, el lugar donde se guardaba toda la documentación privada y también las imágenes de los antepasados (*imagines maiorum*). El nombre deriva de la palabra *tabula*, que en el mundo romano era uno de los soportes más habituales para escribir documentos.

En el *tablinum*, el *patronus* recibía todos los días a sus clientes, amigos y conocidos como parte del ritual de la **salutatio matutina**. Unos venían a por la *sportula*, otros a pedir ayuda para algún proyecto y otros simplemente a conversar.

El *tablinum* marcaba el final del espacio público de la casa. Detrás se situaba la parte estrictamente privada, reservada a la familia.

El jardín: un lujo práctico

El jardín de las *domus* romanas proviene del *hortus* de las primitivas casas de los ciudadanos campesinos. Con el tiempo y la especulación inmobiliaria dejó de ser un espacio utilitario para convertirse en un símbolo de estatus social.

En las casas más lujosas, el jardín estaba rodeado de pasillos porticados (*peristilos*). En las casas más sencillas, de **pinturas murales**. Aunque el jardín fuera ínfimo, el dueño de la casa no quería prescindir de este espacio, donde podía descansar después de toda una jornada dedicada al *negotium*.

A menudo, en la parte que daba a la calle se habilitaba una pequeña puerta por donde se podía salir de la casa sin ser visto. Esta puerta (*posticum*) era un valor añadido para este espacio doméstico, y se convirtió en un elemento habitual en las **comedias romanas**.

Las últimas excavaciones arqueológicas de Pompeya demuestran que, a pesar de todo, los jardines de las casas romanas mantuvieron siempre una función

utilitaria. En ellos se cultivaban frutas y hortalizas para el consumo diario, así como plantas medicinales para usos médicos. Lujo, sí, pero sin perder el sentido práctico.

PARA SABER MÁS

Bibliografía

- AA. VV.: *Cibi e sapori a Pompei e dintorni*. Soprintendenza Archeologica di Pompei. Pompeya: Ed. Flavius, 2005.
- AA. VV.: *Convivium. El arte de comer en Roma*. Mérida: Museo Nacional de Arte Romano, 1993
- AA. VV.: *El hombre romano*. Madrid: Alianza Editorial, 1991.
- AA. VV.: *L'alimentazione nel mondo antico*. Roma: Istituto dello Stato e secca dello stato, 2008
- AA. VV.: *Homo faber. Natura, scienza e tecnica dell'antica Pompei*. Cat. exp. Milán: 1999.
- ALFÖLDY, G.: *Historia social de Roma*. Madrid: Alianza Universidad, 1987 (1984 ed. alemana).
- AMARELLI, F. (Ed.): *Politica e partecipazione nella città dell'Impero romano*. Roma: L'Erma di Bretschneider, 2004.
- BÀGUENA, N.: *De l'antiga Roma a la teva cuina*. Tarragona: Edicions El Mèdol, 1997
- BALBÍN CHAMORRO, P.: *Hospitalidad y patronato en la península Ibérica durante la Antigüedad*. Salamanca: Ediciones Junta Castilla y León, 2006.
- BLANC, N. y NERCESSIAN, A.: *La cuisine romaine antique*. Grenoble: Ed. Glenat, 1992.
- BOITEUX, M.: *Lieux de fête et lieux de pouvoir dans l'espace public Romain*. CL. Nicolet Edit. Megapolis mediterranees, Ara Pacis, 2000.
- BRUN, J.P.: *Le vin et l'huile dans la méditerranée antique. Viticulture, oléiculture et procédés de transformation*. París: 2003.
- CARCOPINO, J.: *La vie quotidienne à Rome à l'apogée de l'Empire*. 1939 (1ª ed.). Reed. en la colección "La vie quotidienne à..." de la Lib. Hachette, París, 1977.
- CLARKE, J. R.: *Art in the Lives of Ordinary Romans. Visual Representation and Non-Elite Viewers in Italy, 100 B.C.-A.D. 315*. Berkeley, Los Ángeles y Londres: University of California Press, 2003.
- CLARKE, J. R.: *The houses of Roman Italy, 100 BC-250 AD. Ritual space and decoration*. Universidad de California. Los Ángeles: 1991
- CONNOLLY, P.: *La ciudad antigua. La Atenas y Roma clásicas*. Acento Madrid: Acento Editorial. 1998
- CONNOLLY, P.: *Pompeia*. Barcelona: Barcanova Edicions, 1987.
- DAREMBERG, CH. y SAGLIO, EDM. (Dirs.): *Dictionnaire des antiquités grecs et romaines*. París: Hachette Editeurs, 1887 y ss.
- DE CAROLIS, E.: *Il mobile a Pompei ed Ercolano*. Roma: L'Erma di Bretschneider, 2007.
- DOSI, A. y SCHNELL, F.: *I soldi nella Roma antica. Banchieri e professioni, affari e malaffare*. Milán: Mursia Ed., 1993.

- DOSI, A. y SCHNELL, F.: *A tavola con i romani antichi*. Roma: Ed. Quasar, 1984.
- ETIENNE, R.: *La vida cotidiana en Pompeya*. Madrid: Aguilar, 1971.
- FERNÁNDEZ VEGA, P. A.: *La casa romana*. Madrid: Akal Ediciones, 1999.
- FUNARI P.P.A.: *La cultura popular en la antigüedad clásica*. Écija: Editorial Gráficas Sol.
- GERHARD, O.: *Intorno la pittura pompeiana, rappresentante i dodici dei*. Roma: Gaetano & Bertinelli, 1850. *Annali dell' Instituto archeologico*. Vol. 22, págs. 206-214.
- GRIMAL, P.: *La civilización romana. Vida, costumbre, leyes, artes*. Barcelona: Paidós, Colección de Bolsillo, 2007.
- GUILLEN, J.: *Urbs. Vida de los romanos*. 3 vols. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1980
- JASHEMSKI, W.F., MEYER, F.G.: *The Natural History of Pompei*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.
- JAVIER LOMAS, F.: *Religión, superstición y magia en el mundo romano*. Cádiz: Universidad de Cádiz, 1985.
- JOHNSTON, H.W.: *Private Life of the Romans*. 2ª ed. Chicago: 1932.
- MACKAY, A. G.: *Houses, villas and palaces in the Roman World*. Nueva York: Ithaca, Cornell University Press.
- PETRONIO: *El Satiricón*. Madrid: Gredos, 2010.
- PISANI, G., LIBERATI, A. (dirs): *Vita e costumi dei romani antichi*. Collana promossa dal Museo della Civiltà Romana. Roma: Ed. Quasar, 26 números publicados, 1986 y ss.
- WALLACE-HADRILL, A.: *The social structure of the roman house*. *PBSR, Papers of the British School at Rome*, 1988, vol. 56, pp.43-97.

Web

A continuación se presenta una selección de enlaces relacionados con el tema de la vida cotidiana en las ciudades romanas. Para más información:
<http://www.delicious.com/romanorumvita>

1. EL MUNDO ROMANO

Historia, contexto y cultura clásica

Imperio romano

<http://www.imperioromano.com/>

Cultura clásica

<http://www.culturaclasica.com/>

Latín – Roma y su legado

<http://recursos.cnice.mec.es/latingriego/Palladium/latin/esl143ca1.php>

Historia sencilla de Roma

<http://www.historia-roma.com/index.php>

Artehistoria - Vida cotidiana en Roma

<http://www.artehistoria.jcyl.es/historia/contextos/762.htm>

Paleorama en red

<http://paleorama.wordpress.com/>

Forum Romanum (inglés)

<http://www.forumromanum.org/index2.html>

Epigraphische Datenbank Heidelberg (alemán)

<http://www.uni-heidelberg.de/institute/sonst/adw/edh/indexe.html>

La vida cotidiana en el Imperio romano

La vida cotidiana en la antigua Roma, basado en Veyne, P.: *Histoire de la vie privée*

<http://www.hipernova.cl/LibrosResumidos/Historia/LosRomanos/VidaCotidianaRoma.html>

H. W. JOHNSTON: *Private Life of the Romans*. 2 ed. Chicago: 1932 (inglés)

<http://www.forumromanum.org/life/johnston.html>

Odissey online - Rome (inglés)

<http://carlos.emory.edu/ODYSSEY/ROME/daily.html>

The Roman Empire – The Roman house (inglés)

<http://www.roman-empire.net/society/soc-house.html>

La casa romana

<http://www.xtec.es/~jcalvo14/index.htm>

La ciudad de Pompeya: casas, calles con imágenes, mapas, etc.

<http://pompeya.desdeinter.net/pomp.htm>

<http://www.stoa.org/projects/ph/home>

2. MULTIMEDIA

Imágenes

VRoma Image Archive – Barbara F. McManus: imágenes del mundo romano.

http://www.vroma.org/images/mcmanus_images/index.html

Imago Romae – The perception of Modern and Ancient Rome: información sobre la cultura del Imperio romano, fotografías, novedades arqueológicas, etc.

<http://www.imagoromae.com/>

LacusCurtius: Into the Roman World: glosario de imágenes de diferentes ciudades del Imperio romano. Textos en latín, griego, etc.

<http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/home.html>

Pompeii in pictures: plano fotográfico con prácticamente todos los detalles de la antigua ciudad de Pompeya.

<http://pompeiiinpictures.com/pompeiiinpictures/index.htm>

Pompeii

http://sights.seindal.dk/sight/722_Pompeii.html

Capware: recreaciones digitales de ciudades romanas como Pompeya o Herculano, entre otros espacios.

<http://www.capware.it/>

Italica Romana: recreaciones infográficas de los edificios más emblemáticos de las ciudades romanas de Itálica, Baelo Claudia, Conímbriga, Villa Adriana, Saalburg, Puerto de Cartago, Gerasa

<http://italicaromana.blogspot.com/>

Vídeos

Roma en 3D: algunas construcciones romanas en 3D

<http://www.youtube.com/watch?v=pqfOGLwck1Q&feature=related>

Virtual Roman House: un breve recorrido por una *domus* romana e ilustraciones de Pompeya, el muro de Adriano, etc.

<http://www.youtube.com/watch?v=WCo5nA4rZag&feature=related>

La casa romana: recorrido por la recreación en 3D de una *domus*

<http://www.youtube.com/watch?v=F1G4PV4KOcw>

Reconstrucción virtual de una *insula* romana de Bómbilis

<http://www.youtube.com/watch?v=QrK8ShB4O2w>